

**PIO IX.**  
**HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA**  
**Y DE LOS VEINTE Y CINCO PRIMEROS AÑOS DE SU GLORIOSO PONTIFICADO,**

con un razonado juicio de los acontecimientos religiosos, políticos y sociales  
de la época,

**RELACIONADOS CON EL CATOLICISMO,**

Y UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS TRES SITUACIONES DEL MUNDO,  
CORRESPONDIENTES AL NACIMIENTO DE ESTE GRAN PONTÍFICE, Á SU ELEVACION Á LA SEDE  
ROMANA  
Y Á LA INVASION DE LA CAPITAL DE LA CRISTIANDAD.

**OBRA ESCRITA**

**POR LOS REVERENDOS**

**D. EDUARDO MARÍA VILARRASA,**

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora  
en Barcelona,

Y

**D. EMILIO MORENO CEBADA,**

doctor en sagrada Teología:

AMBOS EXAMINADORES SINODALES DE VARIAS DIÓCESIS, Y AUTORES DE ALGUNAS OBRAS  
RELIGIOSAS Y CIENTÍFICAS.

**ESPLÉNDIDA EDICION**

**ILUSTRADA CON PRECIOSAS LÁMINAS GRABADAS SOBRE HOJ**  
REPRESENTANDO LOS ASUNTOS TRATADOS EN LA OBRA.



**BARCELONA:**  
**IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA**  
**DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,**  
CALLE DE ROBADOR, N.º 24 Y 26.  
1871.

Entregas 5 y 6. 39 Y 40

L47  
2867

PLATE IX

THE GREAT BRITISH MUSEUM

BRITISH MUSEUM, LONDON

THE GREAT BRITISH MUSEUM

BRITISH MUSEUM, LONDON

THE GREAT BRITISH MUSEUM

BRITISH MUSEUM, LONDON

THE GREAT BRITISH MUSEUM

THE GREAT BRITISH MUSEUM

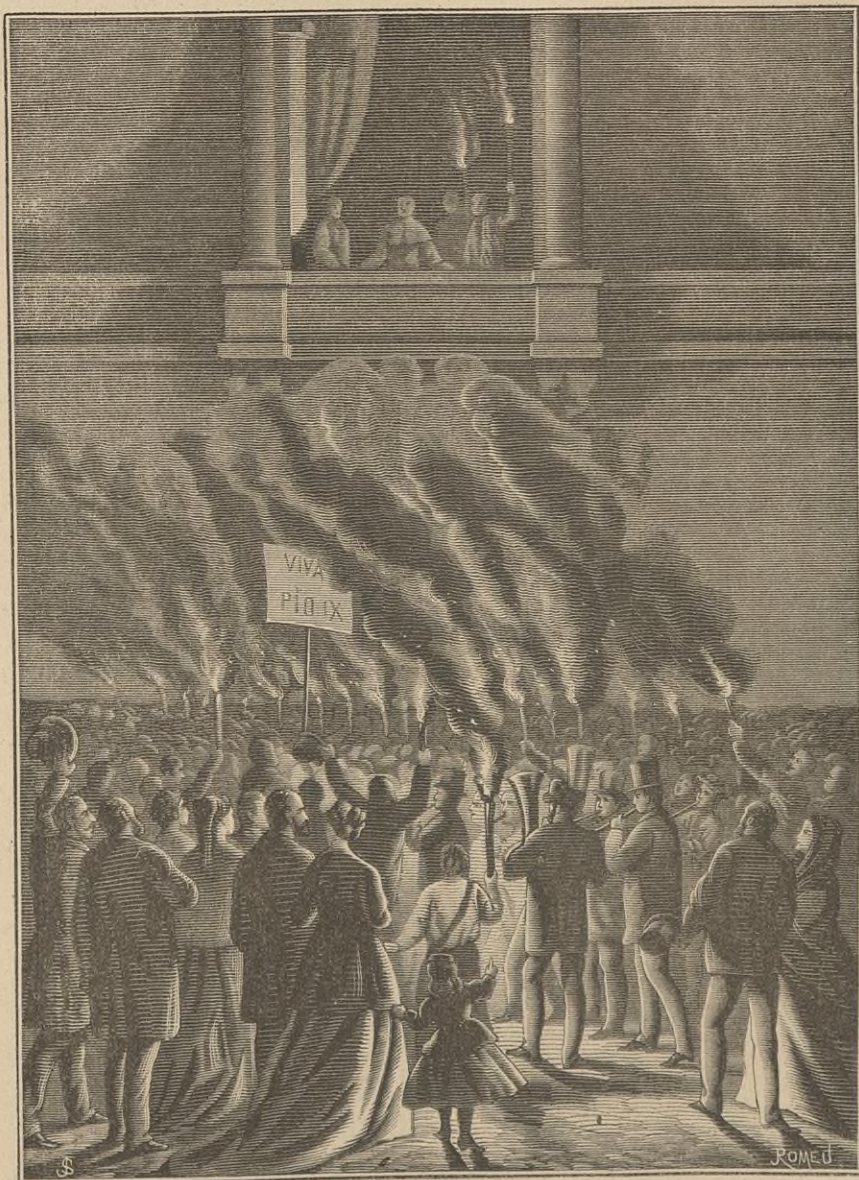
THE GREAT BRITISH MUSEUM

THE GREAT BRITISH MUSEUM

THE GREAT BRITISH MUSEUM

THE GREAT BRITISH MUSEUM

THE GREAT BRITISH MUSEUM

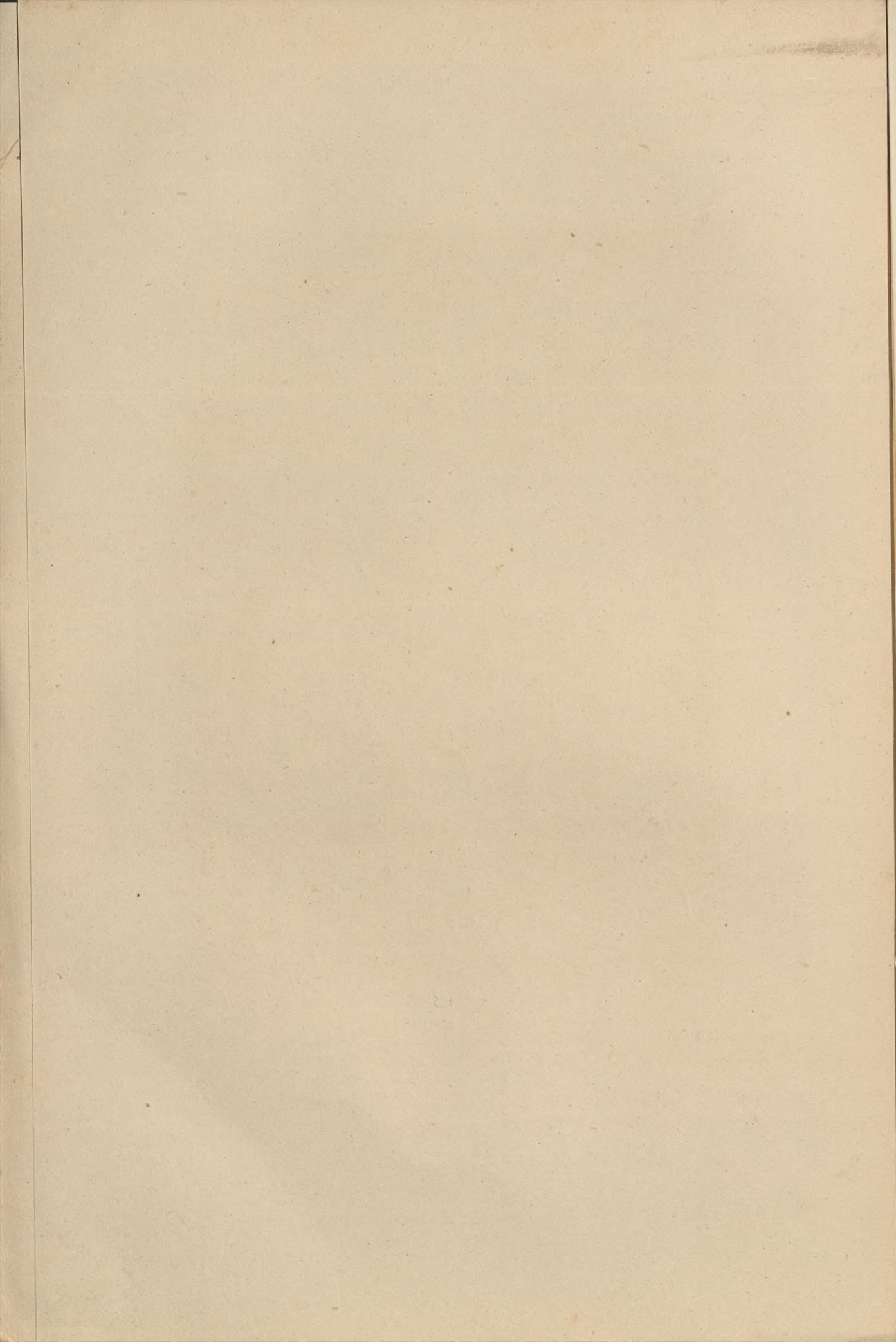


OVACION Á PIO IX CON MOTIVO DE LA AMNISTÍA.





PIO IX SOCORRE Á UN NIÑO DEL CAMPO.



dores! Quieren arrastrar entre la sangre y hollar con su planta el honor y la libertad, los derechos y los deberes.

«La Europa republicana os observa. Los polacos, los alemanes y los franceses, desventurados apóstoles de la libertad, y que sin embargo no carecen de gloria en medio de sus desgracias, tienen la vista fija en vosotros: los lombardos, genoveses, sicilianos y venecianos os observan.

«Probad á la Europa que el honor italiano no se ha perdido: salvadlo en Roma, y se salvará en Italia.

«Arrancad á la crueldad del extranjero y á sus insultos, vuestras mujeres (*le vostre donne*), vuestros hijos, vuestras propiedades, vuestras creencias y todo cuanto ama vuestro corazón. ¡Á las armas! ¡á las armas! ¡á las armas!

«Cuando el fuego se habrá encendido, recordad la antigua grandeza de Roma, así como la infamia de la tiranía que quedó vencida. Pensad en el porvenir y pelead... ¡Levantaos, pues, hermanos!»

No podría dirigirse al pueblo una proclama mas impregnada de sangre. Su lenguaje es el que convenia á aquellos hombres enemigos del Pontificado y destructores de todo orden social.

## CAPÍTULO XXX.

### DESEMBARQUE DE LAS TROPAS FRANCESAS.—CIVITAVECCHIA.

— SITIO DE ROMA. — SUCESOS NOTABLES.

Los preparativos para la defensa de Roma se hicieron con la mayor rapidez. Se nombraron oradores encargados de gritar en los cafés y en las calles para infundir en el pueblo espíritu patriótico con sus discursos. Para desempeñar estas funciones fueron nombrados José Canonievi, Carlos Ardinini, el Dr. Pedro Guerrini y Seraffino, consejero del departamento.

Por otro decreto se constituyó un comité central de barricadas, del que formaban parte los diputados Caldesi, Cattabeni y Enrique Cernuschi. Entretanto se hizo circular con gran profusion y por todas partes una proclama que decia así:

«¡Romanos! el 29 de abril de 1848 fue dia nefasto para la Italia. El 29 de abril de 1849 lo será de esplendor y de gloria. Entonces la arrepentida mano de un Pontífice al firmar la famosa encíclica arrancó la espada de las manos de la Italia, y arrojó á esta inerme en los hambrientos brazos del extranjero. Hoy, por el contrario, el vigoroso brazo del pueblo recobra otra vez aquella espada, y desasiéndose de los brazos de un extranjero que viene á darle el ósculo de Judas, se prepara á sellar con sangre su juramento pronunciado sobre el altar de la independendencia. ¡Oh! sí, los pueblos jamás olvidan ni la gloria ni la infamia: la historia de la patria es el libro de su herencia; á ellos está reservado borrar de aquella las indecorosas páginas de los monarcas. ¡Romanos! la fatal encíclica del 20 de abril es la página mas vergonzosa de nuestra historia: es preciso enmendarla con un hecho glorioso, y el momento se acerca.

«Un Gobierno hipócrita y bastardo ha vestido de sacerdotales divisas un ejército digno de mejor destino, y lo hace avanzar contra nuestros muros.



«¡Romanos! es preciso demostrar á la Europa entera que este pueblo sustraído á la esclavitud de la Tiara es mucho mas noble que los modernos druidas del Cristianismo. Ellos ya no tienen título alguno á nuestra estimacion: los franceses de hoy no son dignos de Roma, si intentan subyugarla nuevamente á los clérigos, á las gentes mas cobardes é inmundas de la tierra, á la voracidad de los mitrados vampiros, á la simonía y torpezas de una corte, en odio del cielo y de los hombres.

«¡Romanos! ¡á las armas! sirvan de obstáculo nuestros cadáveres al francés que viene con el farisaico manto de la traicion. Entre la muerte y los clérigos, la eleccion no debe ser dudosa.

«Roma 29 de abril de 1849.»

Las tropas estaban sobre las armas y los jefes permanecian en sus puestos; en el Capitolio habia hombres apostados para dar la primera señal de alarma con la gran campana, y los triunviros habian ordenado un comité de administracion para el servicio de los heridos, compuesto de las ciudadanas Cristina Tribulze, princesa de Belgiojoso, Enriqueta Pisacane, Julia Paulucci, y de los ciudadanos el P. Gavazzi, el Dr. Pascuali, Pannuzzi, el Dr. Feliciani, Sani, Nenglurini, Vivandi, Savorelli, el Dr. Carlucci, Vannuzzi y Cleter.

No obstante tales preparativos, los pacíficos habitantes de la ciudad y amantes de la paz esperaban que el Gobierno no se empeñaria en una lucha desigual y atrevida, cuyo resultado no podia ponerse en duda, por mas que los arrogantes revolucionarios se jactasen de la seguridad del triunfo.

El 24 la expedicion francesa habia aparecido delante de Civitavecchia. El *Panamá* se adelantó para desembarcar segun las órdenes superiores del comandante de estado mayor, Espivent de La Villeboisnet, ayudante de campo del General en jefe; al capitán Durand de Villers, ayudante del general Regnault de Saint-Jean d'Angely, y á Mr. Latour-d'Auvergne, secretario de legacion. Estos oficiales debian desempeñar la comision de participar al gobernador de la ciudad cuáles eran las intenciones de la Francia, y de entregarle al mismo tiempo la carta siguiente:

«Señor Gobernador: Deseando el Gobierno de la república francesa, en su sincera benevolencia hácia las poblaciones romanas, poner un término á la situacion que sufren hace algunos meses, y facilitar el establecimiento de un orden de cosas igualmente separado de la anarquía de estos últimos tiempos y de los abusos inveterados que antes del advenimiento de Pio IX desolaron los Estados de la Iglesia, ha resuelto enviar á tal objeto un cuerpo de ejército cuyo mando me ha confiado.

«Os ruego que deis las órdenes necesarias para que al saltar en tierra las tropas al momento de su llegada, é insiguiendo lo que me está prescrito, sean recibidas y alojadas como conviene á los aliados llamados á vuestro país con intenciones tan amistosas.

«El general en jefe, representante del pueblo.—Oudinot de Reggio.»

El Gobernador vaciló por un momento, y al fin contestó que nada podia determinar hasta dar parte á su Gobierno de cuanto ocurría, á lo que el comandante Espivent contestó que el General en jefe no podia esperar.

El Consejo municipal de Civitavecchia, y la Junta de comercio, de acuerdo con los oficiales superiores de la ciudad, temiendo con razon las tristes consecuencias que podria tener un retardo forzoso, no solamente decretaron en consejo que tendria lugar desde luego el desembarque, sí que tambien pro-

testaban de antemano contra cualquiera que á ello se opusiese, dirigiendo el siguiente escrito á los jefes de la provincia:

*Los magistrados municipales, los miembros del tribunal de comercio y el comandante de la guardia cívica de Civitavecchia, al presidente de la provincia.*

«Ciudadano presidente: La escuadra de la república francesa se halla á la vista de nuestro puerto; no desconocemos el objeto que la dirige, objeto amistoso y que no debe causarnos la menor zozobra, pues no se propone otra cosa que la conservacion del orden, de la tranquilidad y de la seguridad de los Estados romanos. En la comunicacion que os ha dirigido el comandante de la expedicion os lo manifestó asimismo, y la Francia no puede faltar á los compromisos que por su honor ha contraido á la faz de la Europa entera.

«Conforme á las instrucciones que teneis, pedis algun tiempo para informar á la república de semejante acontecimiento; mas no desconoceréis que las tropas podrian irritarse por las dilaciones, incomodidades y peligros á que el mar las expone, y perder los sentimientos de amistad y fraternidad de que se hallan animadas.

«Nosotros, que conocemos perfectamente los deseos de nuestra poblacion, declaramos que, á nuestro modo de ver, no debe oponerse obstáculo alguno al desembarco de las tropas francesas, no queriendo de ningun modo exponerlos á los azares de una guerra que no podria menos de ser temeraria, y protestamos contra cualquiera que intentase comprometer el orden y la tranquilidad interior de esta poblacion.—El gonfaloniero y los anziani.—El vicepresidente y los miembros del tribunal de comercio.—El teniente coronel comandante de la guardia cívica.—Civitavecchia 24 de abril de 1849.»

El 25 á las seis de la mañana el capitan Durand de Villers transmitió al General en jefe la resolucion adoptada por las autoridades de la ciudad. Cinco horas despues la escuadra anclaba á un tiro de fusil del puerto. Las autoridades pasaron á bordo, y en el instante empezó el desembarque.

El General en jefe fue el primero en saltar en tierra. La multitud que llenaba el muelle le recibió entre entusiastas aclamaciones y gritos de ¡Viva la Francia! Al llegar la noche todas las tropas estaban desembarcadas. El dia siguiente el general Oudinot dirigió á sus tropas la siguiente proclama digna del bravo y generoso militar que la pronunciaba:

«¡Soldados! La bandera francesa tremola en los fuertes de Civitavecchia. Podíamos efectuar un desembarque á la fuerza, y todas las medidas se habian tomado para asegurar su resultado. Hemos debido inspirarnos en el pensamiento de nuestro Gobierno, el cual, asociado á las generosas ideas de Pro IX, quiere evitar en cuanto le sea posible la efusion de sangre.

«Las autoridades de Civitavecchia, cediendo á los votos de los habitantes, á la primera intimacion os han abierto las puertas de la plaza.

«Ya comprenderéis que semejante acogida nos impone obligaciones, y que por lo mismo haria mas grave toda infraccion de la disciplina. Esta no solamente nos ordena respetar á los pueblos, si que tambien el mantener con ellos benévolas consideraciones.

«La flota dentro pocos dias os traerá un refuerzo considerable. Soldados

del ejército de tierra, me constituyo vuestro intérprete dando las gracias á nuestros hermanos del ejército de mar, á cuyo poderoso concurso debemos el éxito de nuestra primera expedición.

«El general comandante en jefe. — Oudinot de Reggio. — Civitavecchia 26 de abril de 1849.»

No podía llegar mas á tiempo el socorro enviado por la Francia á los altos intereses del mundo cristiano. Las sociedades secretas se habian propuesto destruir de una vez y para siempre el mas espléndido y duradero monumento de Roma, cual es el Pontificado. La familia católica esparcida por toda la redondez del mundo temblaba, no por la ruina de la institucion divina apoyada y sostenida en la palabra de Dios que no puede faltar, sino por las amarguras del Jefe augusto del Cristianismo, y por ver convertida la ciudad privilegiada y santa, donde Pedro estableció para siempre su cátedra apostólica, en un pestilencial foco de impiedad. Tardárase algunos dias mas el arribo de las tropas francesas á Civitavecchia, y el mal que se deploraba hubiese tomado tales proporciones, que el remedio se hubiese hecho, si no imposible, al menos muy difícil.

En efecto, no bien se hubo verificado el desembarque del ejército francés, cuando se presentaron á la vista del puerto dos buques sardos conduciendo unos mil voluntarios que iban en socorro de los revolucionarios de Roma. Propusieronse tomar tierra, lo que no les fue permitido por el comandante en jefe; y ellos por su parte no pensaron en resistir á aquel mandato, pues que la vista de la bandera francesa que ondeaba en los fuertes de Civitavecchia les hizo comprender que era perdida la causa de la revolucion.

El general Oudinot dispuso que una comision compuesta del teniente general de ingenieros Leblanch, el capitan de la misma arma Boissonnet y el Sr. Ferrand, teniente de Estado mayor, partiese para Roma con el objeto de presentarse al Gobierno republicano, y participarle la entrada de las tropas francesas en el territorio romano, y cuál era el objeto de la expedición. Aquellos oficiales se cruzaron en el camino con Rusconi, ministro de Negocios extranjeros, que acompañado del diputado Pescantoni se dirigia á Civitavecchia, con el objeto de impedir el desembarque de las tropas. Quedaron dichos personajes confusos al enterarse por sí mismos de que los soldados franceses ocupaban la plaza, habiendo sido desarmadas las tropas republicanas, recogidos seis mil fusiles que se remitian desde Inglaterra, y rechazados, como antes hemos dicho, los voluntarios lombardos que se habian presentado en el puerto.

Al mismo tiempo el jefe del batallon Espivent de La Villeboisnet se habia embarcado para Gaeta con la honrosa mision de entregar una carta del General en jefe al Soberano Pontífice y despachos particulares á Mr. d'Arcourt y Mr. de Rayneval, ministros plenipotenciarios cerca del Santo Padre. Los primeros oficiales de quienes hemos hablado fueron recibidos en Civitavecchia por el general Oudinot, el cual, á las preguntas que aquellos le hicieron sobre el objeto de su expedición y sus ulteriores proyectos, les dijo que no pensaba tomar resolucion definitiva hasta el regreso de los oficiales enviados simultáneamente á Roma y á Gaeta. Entre tanto el General en jefe cumplia un deber dirigiendo á los pueblos la siguiente proclama, obra, segun se cree, del Gabinete francés:

«HABITANTES DE LOS ESTADOS ROMANOS.»

«En vista de los acontecimientos que agitan la Italia, la república francesa ha resuelto enviar á vuestro territorio un ejército, *no para defender vuestro actual Gobierno, que nadie ha reconocido*, sino para alejar de vuestra patria grandes desgracias.

«No pretende la Francia atribuirse el derecho de arreglar intereses que son, antes que todo, los de los pueblos romanos, y que en todo lo que tienen de mas general se extienden á la Europa entera y al universo cristiano, sino que ha creído tan solo que por su posición estaba particularmente llamada á intervenir para facilitar el establecimiento de un régimen, igualmente alejado de los abusos destruidos para siempre por la generosidad del ilustre Pro IX y de la anarquía de estos últimos tiempos.»

Es indudable que á nadie podía ser desconocido que el objeto de la república francesa era restituir al Sumo Pontífice la plenitud de sus derechos soberanos, y acabar con la impía revolución que le había hecho abandonar su trono. Sin embargo, la proclama del general Oudinot, muy diplomáticamente escrita, no satisfizo por de pronto á nadie; pero ello es que, al manifestar que nadie había reconocido el Gobierno establecido en Roma, daba á comprender suficientemente sus ulteriores proyectos. Por otra parte, el Gabinete francés había ordenado expresamente al General en jefe que obrase con energía ante la resistencia *que tal vez* pudiese encontrar por parte de aquel Gobierno no reconocido por ninguna de las potencias de Europa.

El triunvirato, que continuaba en sus acostumbradas fanfarronadas, se proponía hacer los últimos esfuerzos, á fin de evitar que las tropas francesas penetrasen en la capital. Creyendo que para el logro de sus deseos era necesario el auxilio de los voluntarios lombardos, el ministro de Obras públicas Montecchi se presentó el día 26 al general Oudinot reclamándole, en nombre del Gobierno romano, que permitiese el desembarque de dichos voluntarios en Porto d' Anzio, y al mismo tiempo que se restituyesen las armas que se les habían recogido á su entrada en el puerto. Como quiera que se hacía muy dificultoso el regreso de los lombardos á su país ocupado por los austríacos, el General, con una generosidad que le honraba, accedió á la primera petición con la condición de que aquellos soldados no desembarcasen en los Estados pontificios antes del 4 de mayo; pero se negó resueltamente á la segunda. Verdaderamente fue una insensatez en Montecchi el hacer la petición de la restitución de las armas que se hubieran empleado en resistir al mismo á quien se le pedían.

Los oficiales enviados á Roma por el General en jefe se trataron con muchas personas, y tuvieron ocasión de conocer perfectamente cuál era el estado del país. La inmensa mayoría se hallaba consternada, y deseaba vivamente que renaciesen la paz y la tranquilidad. Un puñado de revoltosos rodeados de gente de diferentes puntos de Italia, que en su mayor parte no tenían que perder, mantenían en continua alarma á los pacíficos habitantes de la Ciudad eterna. Los oficiales del ejército francés conocieron que aquellos revolucionarios, en su mayor parte extranjeros, eran impotentes para hacer resistencia porque no les apoyaría la verdadera población romana, y que con la mayor

facilidad estallaría un movimiento reaccionario. No era, pues, necesario bombardear la ciudad para tomarla, cosa que hubiera sido muy sensible, tratándose de Roma, por la preciosidad de sus monumentos.

El general Oudinot fue minuciosamente informado de todo, y determinó no perder más tiempo y marchar sobre Roma.

Una vanguardia se estableció en Palo, que media la distancia entre Roma y Civitavecchia.

El capitán Fabart confirmó más y más al General en jefe en su determinación de marchar sobre la ciudad: «Mi general, le dijo aquel oficial, he podido ver de cerca á los jefes de partido, y á pesar de su charlatanería estoy convencido que la intervención francesa será aceptada con el mayor reconocimiento por los Estados pontificios, si desde luego tiene lugar una enérgica demostración contra el hogar de la democracia italiana. Urge, pues, que vuestras tropas se presenten bajo las murallas de Roma.»

De los mismos sentimientos estaban animados los embajadores de Francia y de Gaeta. Ambos creían que la mayoría de los soldados romanos no deseaban medir sus armas con los soldados franceses, y por esto le instaban á que apresurase su marcha sobre la capital. «Adelante, general, escribía el duque Harcourt al general Oudinot, *es muy importante que apresureis la marcha sobre Roma*. Vuestra repentina é inesperada llegada ha llenado de pavor á los revolucionarios. Si dejáis á los malvados de Roma tiempo para rehacerse de su primer espanto, prepararán medios de resistencia, y habrá efusión de sangre, que es necesario evitar á toda costa. En Gaeta desearían que fuésemos agentes pacíficos y no mediadores; no podemos evitar esta mala y mezquina posición sino *yendo en seguida á Roma*. Á pesar de las baladronadas romanas, no hallaréis resistencia en esta ciudad; la mayoría se declarará por vos desde el momento en que la llameis.»

Antes de emprender su marcha para Roma, el General en jefe pensó en asegurar la posesión de Civitavecchia, ciudad que había tomado por base de sus operaciones. Con este objeto nombró gobernador de la misma al coronel Blanchard, poniendo á sus órdenes seis compañías del centro del regimiento 36.º de línea, una sección del cuerpo de ingenieros y un destacamento de artillería. Con estas fuerzas la plaza quedaba suficientemente asegurada, y en seguida publicó la siguiente proclama:

«¡Soldados! No ignorais los acontecimientos que nos han conducido á los Estados romanos.

«Elevado apenas al trono pontificio, el generoso Pro IX se había conquistado el amor de todos sus pueblos tomando la iniciativa de las reformas liberales; mas un partido de facciosos, que ha sembrado el luto por la Italia toda, armábase en Roma á la sombra de la libertad.

«El Sumo Pontífice salió de sus Estados después de un motin inaugurado con el asesinato impune y glorificado de su primer ministro.

«Bajo tales auspicios, y sin el concurso de la mayor parte de los electores, fundóse la república romana, cuya existencia no ha reconocido ningun Gobierno europeo.

«Desde mi llegada dirigí un llamamiento á los hombres de todos los partidos, esperando reunirles en una comun sumisión al voto nacional; mas el fantasma de gobierno que reside en Roma contesta con reiteradas bravatas á mis conciliadoras palabras.

«Soldados, aceptemos el reto y marchemos á Roma.

«Allí no hallaremos por enemigos ni á la poblacion ni á las tropas romanas, pues una y otras nos consideran como sus libertadores; solo tendremos que luchar con los refugiados de todas las naciones, que oprimen ahora este país, despues de haber comprometido en el suyo la causa de la libertad.

«Bajo la bandera francesa, por el contrario, las instituciones liberales recibirán toda la extension compatible con los intereses y las costumbres de la nacion romana.

«Cuartel general de Civitavecchia 27 de abril de 1849.—El general en jefe, Oudinot de Reggio.»

Preparadas todas las cosas necesarias para el mejor resultado de la empresa, el dia 28 de abril, á las seis de la mañana, se puso en marcha la columna expedicionaria, en el órden siguiente:

*Brigada Mollière.* Cincuenta cazadores del primer regimiento, que formaban el único destacamento de caballería que seguia entonces al cuerpo expedicionario.

El 20.º de línea.

El 33.º de línea.

La 13.ª batería del tercer regimiento de artillería.

La 3.ª compañía del segundo regimiento de ingenieros.

*Brigada Levaillant* (Cárlos).

Cuatro compañías del 66.º de línea.

La 12.ª batería del tercer regimiento de artillería.

Una compañía de ingenieros.

El 29 de abril el cuerpo expedicionario se hallaba en Castel Guido, pueblo situado á diez y seis kilómetros de Roma. El General en jefe quiso conocer las disposiciones de las tropas romanas, y á este efecto envió al capitán Oudinot, su oficial de ordenanza, para que se adelantase con una escolta de cazadores de á caballo hasta las avanzadas de las tropas enemigas. Véase de qué manera refirió lo acontecido en este y el siguiente dia Mr. Alfonso Balleydier en su imparcial *Historia de la Revolucion de Roma*:

«El capitán llegó á un punto distante doce kilómetros de la ciudad, en el que, detenido por una avanzada, hizo alto para entrar en conferencia; mas sus palabras fueron contestadas con una descarga que desmontó á uno de nuestros soldados. La avanzada romana se replegó rápidamente despues de haber disparado sus armas, y por su parte el capitán Oudinot, fiel á las instrucciones que habia recibido, volvió sin pérdida de momento á dar cuenta del resultado de su comision. Á su llegada al cuartel general, el Generalísimo se hallaba rodeado de su Estado mayor, y al ver á su oficial de ordenanza, preguntóle: «¡Y bien! ¿qué quieren los romanos?—La guerra, contestó el capitán Oudinot; me han recibido á balazos.—Si tanto desean la guerra, replicó el General, la tendrán, mas debemos hacer todo lo posible para evitarla.» Este hecho aislado no destruyó todas las esperanzas de conciliacion, pues el duque de Reggio sabia por varios conductos que los romanos harian un simulacro de resistencia para dejar ileso el honor de sus armas. El dia siguiente, á las cinco de la mañana, pusiéronse las tropas otra vez en marcha con el mismo órden que la víspera, solo que formaba la cabeza de la columna el batallón de cazadores de infantería, apoyado por las compañías de tiradores del 20.º de línea: el calor era excesivo, y con objeto de evitar á la tropa un au-

mento de fatiga, dejáronse los capotes en Maglianella, bajo la guarda de una seccion del 33.º de línea, no conservando mas que sus mantas y sus morrales de campaña conteniendo la galleta y las municiones de guerra.

«El camino que seguian las tropas se divide en dos al llegar á mil doscientos metros del recinto murado de la ciudad; el de la derecha conduce á la puerta de San Pancracio, y el de la izquierda á la puerta Cavallegieri. La columna emprendió este último, despues de haber hecho ocupar sus alturas. Desde el reconocimiento del capitán Oudinot no se habia mostrado ni un solo enemigo; todos se habian abrigado detrás de sus fortificaciones.

«En aquel momento dejóse oír un cañonazo, y un oficial que conocia las costumbres de Roma exclamó, mirando su reloj: «No es nada: es el cañonazo que señala mediodía;» mas en el mismo instante resuena una nueva explosion, y una bala traza un sangriento surco en las apretadas filas de la columna. ¡La guerra habia empezado! El General en jefe da sus órdenes sin pérdida de momento, y mientras los cazadores de á pié y los tiradores de línea se extienden en guerrilla, aprovechando todos los accidentes del terreno para ponerse á cubierto del incesante fuego de artillería, el jefe del escuadron de esta arma, Bourdeaux, coloca una seccion de dos piezas sobre un soto distante novecientos metros y frente del baluarte cuyos tiros enfilaban el camino, y una segunda seccion, tambien de dos piezas, atravesando al galope, por entre los proyectiles enemigos, los arcos de un acueducto, se dirige á la derecha del camino, y toma posicion á una distancia de trescientos metros del baluarte. Así colocadas, las cuatro piezas dirigen un fuego muy vivo sobre cuantos aparecen en la muralla, y tratan de desmontar los cañones enemigos, admirablemente servidos por artilleros suizos: durante este tiempo los regimientos 20.º y 33.º de línea se lanzan valerosamente hácia adelante en medio de una lluvia de balas para emboscarse en las viñas que cubren el ribazo, al mismo tiempo que los romanos en número de cuatro á cinco mil hombres mandados por Garibaldi hacen una salida y se introducen en la *villa* Pamfili, bajo el amparo de los árboles que protegen su movimiento. El objeto de esta salida era envolver las posiciones de los franceses y atacar la columna por retaguardia, mientras que el fuego de la plaza les ametrallaba por el frente. Una compañía de cazadores de á pié emboscada en un barranco imprimió en breve un movimiento de retirada al enemigo, el cual se refugió en varias casas vecinas é inhabitadas, de cuyo lugar les desalojaron, despues de experimentar sensibles pérdidas, algunas compañías del 20.º de línea lanzadas en aquella direccion. El fuego se habia empeñado por ambas partes con gran encarnizamiento, y por ambas partes tambien corria la sangre en abundancia. En la segunda seccion el teniente Pachon y algunos otros hombres caen mortalmente heridos; muchos jinetes quedan desmontados, y en aquel entonces el capitán Fabart exclama: «Mi general, anteayer reconcí un camino que conduce, sin estar expuesto al fuego de las murallas, á la puerta Angélica, donde debe estallar enérgicamente la demostracion preparada á nuestro favor.» No habia un momento que perder, y confiando el general Oudinot en tan positiva declaracion, manda con gran tranquilidad al general Carlos Levailant que siga aquella direccion con dos piezas y parte de la brigada. Sin embargo, engañado por sus recuerdos, el capitán Fabart hace tomar á la columna un camino que no tardó en ser barrido por la artillería enemiga, cayendo aquel valiente oficial herido por cinco cascos de metralla. Cuatro ca-

ballos de la seccion de artillería son derribados mortalmente heridos, y como se hallasen nuestras tropas á medio tiro de pistola de las posiciones enemigas, una parte de la brigada Levaillant debió establecerse y parapetarse en las casas vecinas, al paso que la otra se vió obligada á abrigarse detrás de un declive, bajo los cañones de la plaza. Mientras esto sucedia, la brigada Molière combatia con indecible arrojo en la puerta Cavallegieri.

«En dicho punto los coroneles Marulaz y Bouat, de los regimientos 20.º y 33.º de línea, se lanzan impetuosamente seguidos de un centenar de hombres contra la puerta Pertusa. Arrastrados por su ardor llegan á caballo hasta el mismo pié de la muralla, y aprovechan un accidente del terreno para mantenerse en él; mas el número de los romanos, y mas aun las obras acumuladas para la defensa de la plaza, no les permiten continuar con buen éxito tan atrevida tentativa.»

Los defensores de la república romana hicieron una estratagema digna de los hombres que tan mala causa apoyaban. La historia no podrá calificar con otro nombre que con el de traicion el hecho que vamos á referir. El general Levaillant hizo un movimiento feliz en su éxito: empero el fuego habia cesado, y los romanos (1) salieron en gran número por la puerta de San Pancracio, agitando pañuelos blancos, y dando repetidos gritos de «¡ Viva la Francia! ¡ viva la paz! ¡ somos hermanos!» El comandante Picard creyó de buena fe que se entregaban y facilitaban la entrada en la capital, y juzgando al mismo tiempo que el movimiento verificado en la puerta Angélica habria producido la entrada en la ciudad del General en jefe, se decidió á penetrar él por la de San Pancracio con el objeto de recibir órdenes. Sin embargo, fue previsior, y mandó que su gente permaneciese en sus posiciones. Aprovechando la ausencia de aquel jefe, los romanos, muy superiores en número, rodearon al pequeño destacamento empujándolo hácia Roma, y una vez en ella, desarmaron á todos los soldados y los declararon prisioneros de guerra.

Para conocer exactamente todo lo que ocurrió en estos dias basta leer el siguiente

*Parte dado por el Comandante en jefe, relativo á la jornada del 30 de abril, al Ministro de la Guerra.*

«Desde el 20 de abril, en el cual el cuerpo expedicionario se hizo á la vela para Civitavecchia, hasta el 28 os he tenido exactamente al corriente de nuestras operaciones, que han obtenido, como sabeis, un gran resultado.

(1) Téngase presente que cuando en la historia de esta revolucion usamos la palabra *romanos* al hablar de los que sostenian la insurreccion, no es nuestro ánimo ofender en lo mas mínimo al verdadero pueblo de Roma, que ni entonces ni en los dias en que escribimos esta obra, y en que se halla dominada la Ciudad eterna por el Gobierno subalpino, ha dejado de ser amante del verdadero y legítimo Rey de Roma el Sumo Pontífice. Saben los romanos que toda la grandeza de su capital es debida al Pontificado, y aman la institucion por lo que tiene de divina, por la honra superior á toda otra que de ella reciben, y porque saben que de ningun otro soberano pueden recibir mayores beneficios que de aquel que es representante en la tierra del que *pasó por todas partes haciendo bien*. Ya hemos manifestado en otro lugar que, con muy raras y lamentables excepciones, eran extranjeros los que dominaban en Roma y se habian impuesto á la poblacion. Si hoy, que están de moda los plebiscitos, pudiese hacerse uno en Roma con toda libertad y sin la presion extranjera, no recibíendose mas votos que los de los romanos, el mundo se convenceria de que el amor al Pontificado tiene muy profundas raíces en la antigua capital de los Emperadores, destinada por orden providencial para sede del Vicario de JESUCRISTO.



«Acorde con el señor Ministro de Negocios extranjeros me habeis invitado, luego que me hubiese apoderado de Civitavecchia, á marchar sobre Roma para animar á los hombres de bien y para responder al llamamiento de los pueblos.

«Las personas mas eminentes declararon que nuestra súbita é inesperada llegada al puerto de Civitavecchia habia sorprendido y amedrentado. Decian todos que era menester, para evitar el derramamiento de sangre, impedir que se acrecentaran en Roma los medios de represion y de defensa.

«Los oficiales muy inteligentes que habia enviado á aquella capital para estudiar la opinion pública, declararon por su parte unánimemente, que era indispensable y seria suficiente un fuerte reconocimiento sobre Roma, para suspender inmediatamente todos los preparativos de resistencia.

«Era, pues, menester tomar una pronta determinacion, y por lo tanto el cuerpo expedicionario partió de Civitavecchia el dia 28 de abril. El 29 acampó en Castel Guido, sin que hasta entonces aconteciera hostilidad alguna.

«Queriendo cerciorarme lo mas pronto posible de las disposiciones de las tropas romanas, mandé al capitán Oudinot, mi ayudante de órdenes, que fué á las avanzadas con algunos cazadores de á caballo. Hallólas á tres leguas de nuestro campamento. Las palabras pacíficas de este oficial son acogidas por una descarga que desmonta á uno de nuestros cazadores. Este hecho aislado no destruye sin embargo toda esperanza de conciliacion.

«Continuamos marchando sin encontrar al enemigo. Tomamos posicion en las colinas que dominan la entrada de la ciudad por la parte de la puerta Pertusa, con intencion de hacer un último llamamiento de conciliacion; mas la bandera roja ondea en todas las fortalezas, ultrajantes provocaciones resuenan por el aire, y la cabeza de nuestra columna se ve acometida por un nutrido fuego.

«Desde aquel momento la metralla, las balas de cañon y la fusilería, no permiten contener por mas tiempo el ardor de nuestros soldados. Á pesar de grandes obstáculos, la brigada Mollière corona las alturas de la derecha y de la izquierda del camino. La infantería y la artillería contestan vigorosamente al fuego de la plaza, pero el enemigo se mantiene detrás de las murallas, mientras que nuestros soldados están á descubierto.

«Para hacer una diversion, mandé á la brigada Levailant practicase un movimiento de ataque hácia un camino de la izquierda que conduce á la puerta Angélica.

«El bizarro oficial que se habia ofrecido á guiar aquella tropa, en vez de tomar el camino que conducia á dicha puerta al abrigo de las murallas, siguió el que iba mas directamente, empero que estaba expuesto al fuego del enemigo.

«El ímpetu de nuestros soldados no se disminuye, y á pesar de que el camino seguido paralelamente se halla poco menos que á doscientos metros de las murallas, combaten con gran temeridad.

«Casi en aquel mismo momento los coroneles Marulaz y Bouat, del 20.º y 23.º de línea, que forman parte de la brigada Mollière, se arrojan con un centenar de soldados de sus regimientos sobre la puerta Pertusa. Llegan al pié de las murallas, y aprovechando cierta desigualdad del terreno se emboscan, pero los trabajos recientemente practicados no permiten el buen éxito de aquella atrevida empresa.

«En vez de pronunciarse los habitantes, se hallan amedrentados por los

refugiados. Las mismas tropas pontificias se ven obligadas á unir su fuego al de nuestros comunes enemigos.

«Algunos batallones enemigos, habiendo probado bajar á la llanura desde el principio de la accion, se vieron obligados á retirarse precipitadamente detrás de sus atrincheramientos, dejando en el campo de batalla un gran número de muertos.

«No era un sitio el que queríamos establecer, sino un formal reconocimiento, que no pudo ejecutarse por cierto mas gloriosamente. Esta operacion demostró hasta la evidencia que solo cesará de peligrar el orden social en Roma cuando estará protegido por el pabellon francés. Mas no era tan solo con una fraccion del cuerpo expedicionario, sino con todos los elementos de accion, con lo que debia obtenerse semejante resultado. Mandé, pues, suspender el combate, y pasé la noche en el mismo sitio donde habia comenzado, sin que un solo soldado enemigo se atreviera á salir de sus reductos.

«Los dias 1.º y 2 de mayo el cuerpo expedicionario tomó posicion en Castel Guido, y recibí la noticia de que algunos destacamentos de la tercera brigada habian llegado á Civitavecchia.

«Para facilitar la concentracion, he establecido la primera brigada en Polidoro, la segunda en el cuartel general en Paolo, donde he constituido un depósito principal desde el cual me hallo en fácil comunicacion por mar y tierra, teniendo una base de operaciones. Además, no hay que temer el menor insulto, porque desde el dia 3 hasta el momento en que os escribo no hemos visto una avanzada enemiga.

«He dispuesto que saliera para Tolon un batallon romano de seiscientas plazas en calidad de prisionero ó á lo menos como rehen. He hecho ocupar un considerable número de armas y de proyectiles, así en los fuertes de Civitavecchia y Paolo como en las torres que protegen la costa.

«Tendré el honor de mandaros sobre esto un estado detallado.

«No terminaré este parte, señor ministro, sin hacer justicia á los cuerpos de todas armas del ejército expedicionario del Mediterráneo por su moral y su admirable firmeza.

«La jornada del 30 de abril es una de las mas brillantes en que han tomado parte las tropas francesas desde nuestras grandes guerras. Si hemos experimentado algunas sensibles pérdidas, hemos ocasionado al enemigo un daño numéricamente mas considerable. Él mismo confiesa haber tenido cerca de doscientos ochenta hombres muertos ó heridos.

«Me he visto eficazmente secundado por los oficiales generales Regnaud de Saint-Jean-d'Angely, Levailant y Mollière, así como por los jefes de los cuerpos de artillería é ingenieros, el teniente coronel Larchey y el comandante Goury. El subintendente, los oficiales de sanidad y el del cuerpo administrativo militar han contribuido por su parte al mejor resultado.

«Oficiales y soldados, todos han cumplido admirablemente sus deberes. Tendria que consignar demasiados nombres si quisiera citar todos los militares que se han distinguido. Breve seré, no pudiendo señalar tal recompensa á tantos rasgos de valor.

«Me limito á elevar á vuestra consideracion los nombres de los militares de todas las graduaciones que tienen títulos eminentes á esta distincion. Cuanto antes tendré el honor de proponeros el ascenso de muchos militares del cuerpo expedicionario.

«Igualmente pido para algunos de ellos la condecoracion de la Legion de honor ó el ascenso en la misma órden.

«Jamás la recompensa habrá sido tan merecida.

«P. S. — Tan solo por respeto á los monumentos con los cuales se honra la ciudad de Roma se ha contestado al fuego de las baterías enemigas con el cañon. Los obuses han callado. Otra vez no podria repetirse semejante condescendencia. Sin embargo, faltando abiertamente á la verdad, y léjos de apreciarla, estampan en el *Monitor* que nuestros proyectiles han destruido las obras maestras de Rafael.»

El honor de las tropas francesas no habia quedado mancillado, pues, como vimos antes, los que quedaron como prisioneros de guerra fue por efecto de una traicion en las tropas romanas. Los franceses combatieron admirablemente á cuerpo descubierto con un enemigo parapetado tras robustas murallas, mucho mas numeroso, pues constaba de treinta mil combatientes que disponian de poderosa artillería.

Los cirujanos del ejército francés dieron notables pruebas de valor estableciendo sus hospitales de sangre bajo el fuego del enemigo, siendo uno de ellos el Dr. Alfonso Pasquier, jefe de seccion del hospital de la primera brigada, que lo colocó á trescientos metros de la muralla. Entre los eclesiásticos que acompañaron á los valientes soldados y que se distinguieron por su espíritu de caridad y abnegacion se contaron Mons. Luquet, obispo de Hezebon, el abate Cosquer y el abate de Merode.

¿Qué se hacia entre tanto en Roma con los soldados prisioneros? Puede comprenderse suficientemente. No hay que pensar en que cumpliesen las leyes de la guerra: los que se habian valido de una pérfida traicion para apresarlos añadieron el crimen á la alevosía. Apenas entraron los soldados en la ciudad empezaron á darse contra ellos gritos de muerte, y algunos de ellos fueron heridos y aun villanamente asesinados: Uno recibió un balazo que le atravesó ambos muslos, dejándole en el hospital por espacio de ocho horas sin que nadie atendiese á curar sus heridas. El comandante Pichard fue conducido á la posada de la Minerva, que se le dió por cárcel, siendo seguido de una turba de miserables. Al verse aquel digno militar privado de su libertad, protestó de aquel acto de deslealtad que le retenia en poder de los enemigos, y prefiriendo la muerte á la humillacion, les decia: «No soy vuestro prisionero: no es así como se hace la guerra: matadme, ó devolvedme la libertad.»

La república romana recibia continuamente instrucciones secretas de la democracia francesa, interesada vivamente por los asuntos de Roma, que era en aquellos dias el punto donde se hallaban reunidos los revolucionarios que habian sido echados y maldecidos de los diferentes puntos de Italia. Á orillas del Tiber se encontraba lo mas perdido de la Península y aun de otros países para sostener el desórden y la anarquía, que producen siempre los mas tristes y funestos resultados.

En vista de aquellas instrucciones, y temerosos de las represalias que podrian ejercerse en el ejército francés con sus soldados prisioneros, creyeron prudente variar de conducta, y empezaron á tratar con benevolencia calculada á los soldados franceses. Á uno de ellos le decia Mazzini: «Nada teneis que temer: podeis estar seguros que se tendrán con vosotros todas las consideraciones que os son debidas, pues nuestros amigos de París desean que se

establezca entre nosotros una comun fraternidad.—Soy superior al temor, contestó el oficial francés; he cumplido con mi deber.»

Mientras tanto se trabajaba por seducir á los soldados prisioneros, ofreciéndoles dinero y grados si se ponian al lado de la república romana. Ni uno solo prestó oídos á tales exigencias, y todos permanecieron fieles á su bandera.

Á pesar de este cambio de conducta para con los prisioneros, los gobernantes repetian á cada hora sus proclamas y partes, en cuyos documentos no habia una palabra de verdad. Llenaríamos muchos pliegos si hubiéramos de insertar los que tenemos á la vista. Por todos bastará uno. Hase visto el P. S. del parte dado por el Comandante en jefe al Ministro de la Guerra, relativo á la jornada del 30 de abril. En confirmacion de lo que decia dicho Jefe, véase la siguiente proclama de los jefes de la república romana:

«PUEBLO: El general Oudinot habia prometido pagar en dinero contante todos los perjuicios y estragos causados por su injusta agresion... ¡Pues bien! pague, si es que puede, los frescos de Rafael atravesados por las balas francesas! Repare, no los perjuicios, pero sí la injuria hecha á Miguel Ángel! Napoleon enviaba al menos nuestras obras maestras á París, y la admiracion de los extranjeros era para los italianos una compensacion de la conquista; mas el Gobierno francés invade nuestro territorio, y lleva el afecto que á Roma profesa hasta el punto de quererla destruir, antes que dejarnos expuestos al enojo del terrible Zucchi, y á las amenazas de Radetzki y de Gioberti...

«Roma, como Scévola, ha extendido su brazo sobre el ardiente brasero y ha hecho un juramento. Los trescientos amigos de Scévola pusieron en fuga á Porsena... La historia romana no ha terminado aun.—H. Cernuschi, Vicente Cattabeni, Vicente Caldesi.»

No podia darse mayor tejido de calumnias. Ningun monumento histórico habia sido destruido. El General en jefe tuvo el mayor cuidado en ello, como queda demostrado en el documento ya transcrito. Ellos sí que nada respetaban, y si las posiciones hubiesen sido al contrario; si los republicanos de Roma, que tenian interés en presentar á los ojos de Europa al ejército francés como una bandada de bárbaros destructores, hubiesen sido los sitiadores, bien se puede asegurar que sus primeras bombas hubieran ido dirigidas á la gigantesca obra de Miguel Ángel y á los demás monumentos que son adornos de Roma, gloria de las artes y admiracion de propios y extranjeros.

## CAPÍTULO XXXI.

### LLEGADA DE UNA ESCUADRA ESPAÑOLA DELANTE DE TERRACINA.

LA Europa católica se hallaba estremecida ante el aspecto que ofrecía la capital del mundo cristiano. El Sumo Pontífice se hallaba expatriado: su poder temporal, hasta entonces el más fuerte de todos los poderes reales, había sido derrocado, y la revolución, que había llevado á cabo tan sacrilega obra, amenazaba concluir con todas las monarquías tradicionales de la vieja Europa. Los hombres sensatos de todos los países no podían dejar de conocer la gravedad del mal que corría las entrañas del cuerpo social, que ya por aquellos días venía presentando la imagen de la corrupción más hedionda. Los trabajos revolucionarios hacían que se fuesen disolviendo todos los vínculos de nacionalidad, de religión, y aun de la sangre. Empezaba á levantar su frente esa familia que ya hoy no teme el llamarse públicamente *cosmopolita*, haciendo extinguir en los corazones el fuego del amor patrio que en todas las épocas de la humanidad ha formado héroes admirables, cuyos nombres la historia universal transmite para honrarlos de una en otra generación. Para llevar á cabo la obra de destrucción, todas las armas eran buenas, y no es la que menos se ha manejado la calumnia. Con admirable destreza y con repugnante osadía la usaban los revolucionarios de Roma. Contra el bondadoso, tal vez por los mismos á quienes en los primeros días de su pontificado había abierto las puertas de sus prisiones, concediéndoles el perdón y la libertad que habían perdido. ¡Cuánta ingratitud! ¡Cuánta perfidia! Citábanse circulares de Gaeta dirigidas al P. Rossi, en las que se ordenaba á todos los campesinos de los Estados pontificios *que diesen de puñaladas á los enemigos, y dego-*

*llasen á toque de campana á todo el mundo, sin exceptuar siquiera á los niños de teta* (1).

Pero si admira la osadía de los republicanos que de tal modo calumniaban al Santo Padre, espantan aun mucho mas los ultrajes contenidos en una célebre carta del extraviado P. Ventura que, aunque posterior al asunto principal de este capítulo, vamos á reproducir. El teatino de la revolucion, el que en el primer año del pontificado de Pio IX ocupaba con tanto celo y crédito la cátedra del Evangelio en Roma, no tuvo reparo en escribir de la manera siguiente en los primeros dias del mes de junio:

«Amigo y hermano mio:

«Te escribo con los ojos arrasados en llanto y el corazon traspasado de dolor: mientras traza mi pluma estas líneas los soldados franceses bombardean á Roma, destruyen sus monumentos, ametrallan á sus ciudadanos, y corre la sangre de unos y otros. Amontónanse ruinas sobre ruinas, y solo Dios puede saber el resultado que tendrá tan lamentable lucha. Témesese que, en caso de entrar los franceses en Roma por asalto, el pueblo se deje llevar de la ira, y asesine á sacerdotes y religiosas; y si esto llega á acontecer, ¡magnífica victoria habrá obtenido Francia, esplendente restauracion de la soberanía pontificia se habrá verificado! La historia nos enseña que por lo regular las restauraciones hechas por la fuerza son muy poco duraderas, y que los tronos cimentados en cadáveres y sangre son en breve derribados por violentas sacudidas, de modo que, entre cuantos planes se discutieron en Gaeta para reponer al Papa en el solio, fue adoptado el mas deplorable y funesto.

«Empero aun mas que esto aflige á las almas católicas el considerar que esa restauracion, caso de verificarse, no restablecerá sólidamente el poder del Príncipe, y al propio tiempo amenguará y destruirá quizás el poder del Pontífice al pensar que cada cañonazo que esportilla los muros de Roma, llévase parte de la fe católica que se anida en el corazon de los romanos. Te he dicho la horrible impresion que habian causado en el pueblo de Roma, *I confetti di Pio IX mandati a suoi figli*; el encono que contra los eclesiásticos habian despertado; pero todo ello es nada en comparacion de la ira contra la Iglesia y la misma religion católica que ha excitado la vista de las bombas francesas. Como la mayor parte de los proyectiles han caido en el barrio de Transtevere, arruinando las casas de los infelices que lo habitan y causando numerosas víctimas, los transteverinos, la porcion del pueblo romano antes mas católica, son los que ahora se distinguen en maldecir y blasfemar del Papa y del clero, en cuyo nombre ven cometer tanta matanza y tantos espantosos horrores.

«Mis amigos procuran ocultarme cuanto se hace y dice en Roma en este deplorable sentido, deseosos de evitarme la inmensa pena que esto me causaria; pero sus solícitos cuidados no han bastado para que no llegase hasta mí la noticia de que todos los jóvenes de Roma, los hombres todos de alguna instruccion, hacen ya en alta voz el siguiente raciocinio: «Quiere el Papa reinar sobre nosotros por medio de la fuerza; para la Iglesia ó para los eclesiásticos desea la soberanía que solo al pueblo pertenece, y piensa y dice que su deber le manda obrar así en cuanto somos nosotros católicos y es Roma el centro del Catolicismo. Pues bien, ¿quién nos impide acabar con este y hacernos protestantes si es menester? ¿Qué derecho político podrá entonces reclamar

(1) *Saggio di Roma*, por Vecchio, pág. 95.



